

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

EL SENDERO DE LA PREMONICIÓN

- “Qué le hace una cana más al Albino?” – dijo Samuel Medeiros, fraseando, a la vez que el puntero Tim L. Jackson le entregaba un bagullo de marihuana y tres gramos de cocaína.

- Tenés toda la razón de Tammerlane! Toda la puta razón! Vos sos el que elegís! Que nadie te quite el derecho, amigo. Aparte, qué es un año en el psiquiátrico? Mi papá estuvo 15, y se murió por las drogas que los médicos le daban...

Se estrecharon las manos y hubo intercambio. Luego, Tim pateó el pedal de su motocicleta y salió de regreso a “Entregas Otto & Tim”.

Ahora, la noche.

Samuel miró a su alrededor y no había un alma en la calle. Miró a un lado: la puerta de su casa. Bajó el umbral de la entrada, y se echó a andar. Iba al encuentro de sus amigos John, Bruce y Ving.

Samuel se encontró por primera vez con la premonición la noche del 23 de Octubre de 1991.

Estaba sentado en el sillón del living de la casa en la que vivía con sus padres, viendo una trasnoche de cine de terror por tv, cuando las sirenas de la policía se oyeron de lejos, atravesando la calle.

Samuel se paralizó por instante, y en su cabeza se le aparecieron las palabras “una tragedia”. Ésta activó una idea de lo que podría ser aquella posible tragedia a la que asistían los policías. Y esa tragedia se transformó en la imagen de un asalto a mano armada: un asaltante, un asaltado, un disparo, fuga del asaltante, muerte del asaltado. A su vez, esto activó “la calle de noche es peligrosa”. Y todo esto, sumado al susto y otras sensaciones, se le convirtió en un miedo, por así decirlo un fantasma, el cual tuvo que arrastrar durante el resto de los 7 años de vida que le quedaban.

Lo conocían como un joven emprendedor: tenía miras de estudiar Medicina, era un orgullo por tener las mejores del colegio Secundaria, era bonito, delgado y rubio, y tenía la mayor colección de películas en video en todo Tammerlane.

Fue cuando empezó a salir y a hacer sociales, como a movilizarse por el tema de los estudios universitarios, que el fantasma se activó y se instaló en su cabeza definitivamente.

Cada vez que Samuel pisaba la calle de su juventud, se le cruzaba por la cabeza el miedo de ser asaltado y asesinado. Debido a esto, comenzó a

refugiarse en casas de amigos, en boliches, en la facultad, en trabajos, en todos estos lugares por muchas horas.

Para la razón de su fobia, cuanto más encerrado, más chances de sobrevivir a la calle: mejor estar parapetado toda la noche en la casa de un amigo, jugando a la computadora y regresar en un horario seguro y con mucha gente, que en medio de la noche entre el vacío.

Y esto fue el inicio de su fin.

Su más importante noviazgo se basó en el encierro.

La conoció la noche del 33 de Diciembre de 1997 (último año en que ese mes tuvo 33 días para pasar a tener 31). Ella se llamaba Ana, y ambos habían conocido por amigos en común durante un cumpleaños de otro conocido en común, Vincent Travolta. Samuel había asistido a la fiesta a las ocho de la noche, cuando todavía quedaba un poco de día. Como fue el primero, junto al anfitrión recibió a todos, y la conoció. Y con ella se quedó charlando hasta que la madrugada por fin llegue.

- Sos del tipo de mujer que me gusta. – le dijo, cerca de las seis, cuando casi todos ya se habían largado, y no quedaban más que un puñado de borrachos en los sillones.

- Hay mujeres por clase?

- Seguro! Una es la “mujer ratón”, que es del tipo delgada, carita chiquita, cuerpo chiquito, sonrisita chiquita, aunque con colita y tetita grande. La otra clase es la “mujer inflable” o “mujer dorada”, por el parecido a una muñeca inflable: siliconas y colágenos, tostado dorado, “la rubia tarada”, todo eso. Después, está la “mujer gorda”, fácilmente distinguible entre las flacas. Por otro lado, está la “mujer caballo”, grandotas, boconas, morochas, generalmente culonas y tetonas, de ojos felinos, muchas veces vistas como “gatos”, pero “perras” al fin. Finalmente, está la “mujer fea”, o “nula”, por así decirlo. A mí me gustan las mujeres ratones y caballo. Y vos sos un ratoncito.

Umma sonrió. Samuel también.

Tres días después, ella dejó la casa de sus padres para irse a vivir a la casa donde él vivía con sus padres, para vivir así cinco meses de noviazgo.

Todo tuvo su fin la noche que Samuel la empujó contra la pared, en medio de un arrebató paranoide donde creía que Umma le había robado un video.

- Vos te llevaste “Tiempos Pulposos”!... Lo mismo que la otra, “Perros Del Barrio”! Y casualmente la otra del mismo director, “Marrón Para Jackie”.

Umma se tomó la cabeza debido al golpe, y lentamente se fue sentando en el piso.

- Para qué te las voy a robar? – preguntó dolorida.

- Porque le estás vendiendo la filmografía de Quentin Roger a alguien!

- Vos estás enfermo! No te puedo creer!!

Cuando Umma se miró la mano, descubrió sangre. Se rompió en un llanto inmediato y se lanzó a correr a la salida. Cuando alcanzó la calle, cayó en la vereda y se quebró una rodilla.

Media hora después, la policía arrestó a Samuel, aunque salió en libertad la mañana siguiente gracias no tener historial criminal.

Otro de los errores, fue estudiar la carrera de Medicina por correo.

Era una noche de un día perdido de Mayo de 1999, cuando su padre lo sentó a la mesa del living y le realizó una importante e interesante pregunta, sumida en el mejor de los tonos serios:

- Vos te creés que vas a llegar a algún lado estudiando Medicina por correo? Cómo mierda vas a hacer cuando te recibas y tengas que salir a hacer un trasplante de corazón, corazón que hayas tocado nunca, nunca visto de cerca. Cómo mierda vas a hacer si no sabés serruchar un cuerpo?!

Samuel miró el libro de anatomía que hojeaba. Las letras le parecieron chiquitas, molestas, la casa densa. Hubo bronca, pero se expresó con firmeza.

- Yo no voy a operar corazones. Voy a ser Pediatra.

- Mierda, Samuel! – dijo de golpe y de un grito. – Es lo mismo!! Le vas a tantear las bolas a un nene sin haber practicado apretándole la vulva a una estudiante de la clase?!!

- Qué tiene que ver una cosa con la otra?

- Lo que tiene que ver es que vivís encerrado. Y te vas a hacer puto si no salís a la calle, y te relacionás con la gente!!

- Sabés una cosa? En realidad no tenía ganas de estudiar esta mierda de Medicina. En esto me metió mamá, para poder quedar bien con sus amigas. Así que voy a mandar todo a la puta mierda, y veo de conseguir un trabajo de mil horas y también cagarme de angustia. – y revoleó el libro contra la pared.

Se levantó y puso un pie en retirada.

Su padre lo tomó por el brazo y lo retuvo un instante.

- Podés estudiar otra cosa. A tu mamá y a mí no nos va a molestar que tomes una decisión. Si elegís la que te sale de adentro, vas a ser digno de una buena vida. Podés salir a la calle, tener amigos, no de esos con los que te encerrás a ver películas en Súper-8, sino amigos con los que vayas a hacer algún deporte, a bailar, a comerrrte una pendeeja!!!... - gimoteó con ira.

- Me voy a lo de Ving. – dijo Samuel, frío.

- “A lo de Ving, a lo de Ving, a lo de Ving”! Es el único lugar que vas. Seguramente para hacerse unas pajas cruzadas como dos mariconas de barrio!! – remató el hombre, completamente cebado, en voz bien alta.

La madre de Samuel se levantó de la cama y corrió al comedor.

- Qué pasa?! Qué pasa?! – gritó asustada, mientras llegaba.

- Una mierrrda pasa! Eso es lo que pasa!!... Tu hijo se la pasa todo el día metido acá adentro. Estudia acá, se revienta la vista con la televisión y la computadora, sale con amigos una vez cada Eclipse... Y encima se hizo puto!

- Quién se hizo puto?! – gritó Samuel, enojado.

- Bueno, basta! – dijo la madre interponiéndose, antes que su hijo golpee a su padre. Pero ese puñetazo fue a parar al rostro de la mujer, dejándola noqueada en el piso.

- Mal parido!! Mirá lo que le hiciste a tu madre!! Me cago en todo!! Me cago en la leche!! Me cago en Dios!!

- Dios, la leche y todo no tienen nada que ver en esto. Esto es entre vos y yo, así que preparate para que te rompa la cabeza.

El minúsculo cuerpo del padre se paralizó. Su hijo, su inmenso hijo Samuel, se puso en guardia, listo para derribarlo.

- Voy a llamar a la policía! – dijo el hombre desesperado, y se lanzó a correr hacia la ventana.

- No, papá, no!!! Prometo no decir nada! No!!

El padre pegó un salto, atravesó la ventana, cayó de boca a la vereda, con todo el cuerpo tajeado. Desmayado del dolor, se durmió sobre los cristales.

La Celia, la vecina de enfrente, estaba cagando en el baño, cuando se sorprendió por el estruendo y se asomó por la ventanita, parándose en el inodoro. Cuando vio la tragedia, se lanzó a llamar a la policía. Pero en su arrebató, olvidó su ubicación y cayó del inodoro al lavatorio, de cabeza. Murió al instante, y la noche siguiente resucitó durante el velatorio, y volvió a su casa para festejar en familia.

Fue en el instante de la ventana atravesada, y el golpe en el lavatorio, que los ladrones que estaban robando las joyas en la casa vecina, y distraídos se chocaron con un armario lleno de platos de porcelana.

- Qué fue eso?! Ladrones!! – dijo el señor Eric Zed, encendiendo el velador y tomando el arma del cajón.

Samuel salió a la calle para regresar a su padre a la casa, cuando se oyeron disparos cruzados en la casa del anciano. Algunos vecinos asomaron sus cabezas por las puertas y ventanas, y de todos ellos, uno descubrió a Samuel como ingresaba el cuerpo desvanecido.

Una vez en casa, Samuel dejó a su padre en el centro del comedor, y corrió a agazaparse de un sillón. En ese rincón, nuevamente el fantasma tomó posesión de él: “Los disparos... Roban hasta en las casas. Ningún lugar es seguro. Hay que mantenerse despierto y dormir relajado por la madrugada.”

Minutos después, golpearon a la puerta, y el alma del joven no tuvo más esperar un milagro.

- Abran o tiremos la puerta abajo! Somos la policía y queremos hacer unas preguntas importantes!

La madre comenzó a despertarse lentamente. Se sentó en el piso y miró a su alrededor: la ventana rota, su marido desmayado y lastimado, y su hijo asomado tras el sillón, los golpes. Los ojos de Samuel rogaban que lo ayude.

- Qué pasa? – dijo la mujer atendiendo al policía y el vecino soplón.

- Su ventana está rota, y este hombre vio un crimen.

- No sé de qué me habla.

- Señora: acá vieron meter un cuerpo!

Luego de un largo diálogo de tire y afloje, finalmente el policía pudo conocer la historia, ingresar, y sin remedio arrestar al muchacho.

Al mes, Samuel salió en libertad.

Fue cuando la marihuana entró por primera vez en la casa de Ving, que las cosas comenzaron a graficar más detalladamente el sendero.

La noche del 14 de Septiembre del 2000, Ving recibió a Samuel, exhibiendo la mercancía...

- Me lo regaló un amigo. Dice que lo fumemos y veamos lo que es bueno. Tiene menos calorías que la cerveza y con uno basta se puede quedar de la cabeza.

Minutos después, estaban charlando acerca de lo importante que había sido para la historia del cine las películas de Héroes Mitológicos y Religiosos.

- Esas películas, que se les decía épicas, eran de muchos extras, muchos escenarios grandes, muchos escenarios naturales, muchas tonalidades del marrón / naranja... Generaban trabajo en masa, e hizo que la industria crezca.

- ... Ahí actuaron muchos de los que hoy son los viejos galanes de mierda de Tammerlane, el 50 por ciento de ellos maricones.

Y rieron a carcajadas.

- Qué buena es esta droga! Vamos a poner el auto en marcha, y de paso compramos unas cervezas. – dijo Ving.

No era mala idea. De última estaban en el auto, en movimiento, con un buen chofer como Ving, que no era de hacer muchas locuras al volante. La cuestión era si frenaban en el kiosco... A quién le correspondía bajarse?...

Pero al rato estaban en el auto, recorriendo las calles de Tammerlane. Samuel se sentía seguro y confiado dentro de las cuatro puertas bien trabadas. Las luces del Pueblo parecían amigables.

- Tengo una idea! – dijo Samuel – Por qué no vamos a la verdulería del viejo que está abierto toda la noche! El que se pasa regando los cajones de verduras! Vamos y le afanamos algo!

Entre carcajadas, la idea quedó aprobada. Así que fueron hasta la calle T. 34 y se estacionaron en la vereda de enfrente a la verdulería “Mmerls”.

El viejo “Lobo” Mmerls estaba como de costumbre, con la manguera tirando agua a las verduras.

- Cuando llegue a la última fila de cajones, bajate y te tengo el auto en marcha. – dijo Samuel.

- Vos estás loco?! Bajá vos! No voy a hacer a tiempo a arrancar!

Samuel comprendió.

Una vez el anciano en posición, el muchacho se bajó del coche, corrió hasta la vereda de enfrente y tomó la hortaliza. El encendido del auto alertó al viejo, quien enseguida se volteó y descubrió al ladrón. Tan sólo alcanzó a tirarle un chorro de agua en la espalda.

Samuel llegó al auto, subió, cerró la puerta y salieron veloces.

- Hijos de puta!! Ese zapallo vale plata!!! – gritó el viejo alzando los brazos.

Mientras, en el siguiente cruce de calles, el auto de Ving se llevó por delante la trompa de un inmenso colectivo.

Después de tres días de Hospital, los amigos tuvieron que ir a rendir cuentas con la policía, gracias al robo del zapallo.

Y los condenaron a un año de cárcel.

Cuando ambos salieron de la cárcel, ya eran dos completos adictos a la marihuana, cocaína, y otras drogas más pesadas.

En el encierro, se habían hecho amigos de un joven llamado Tim, el cual había sido apresado por vender drogas bajo el sistema de entregas a domicilio, en sociedad con el traficante Otto y su novia Maria DeVito.

Junto a Tim, Samuel y Ving probaron todo tipo de drogas, durante las eternas noches solitarias en sus respectivas celdas.

En una oportunidad, Samuel había tomado ácido, y de estar recostado escuchando música imaginaria, se paró para aferrarse a los barrotes, y mirar en la oscuridad al resto de las celdas. Y nuevamente el fantasma se activó.

“Estoy rodeado de asesinos y ladrones. Me puse a la altura de toda esta gente, que es la misma que me pudo haber asesinado o robado en la calle y en casa.”

- No estamos seguros!!! Por Dios que no estamos seguros!!! Esto está lleno de ladrones y asesinos! Nos van a matar a todos!!! – gritó desesperado.

Las luces del pabellón se encendieron.

- Que mierda está pasando?!! – gritó el celador Christopher Arquette.

Los presos comenzaron a alterarse por las palabras de Samuel.

- Callate idiota, o mañana te matan!!! – le gritó Tim desde su celda.
- Nos van a matar a todos!! Son tipos sin cabeza! No miden una mierda!!!
Te apuñalan y no les importa nada!!

El celador llegó hasta la celda de Samuel, y golpeó con su palo la nariz del joven. Éste cayó hacia atrás, y dio la cabeza contra la pared. Gracias al golpe, se astilló el cráneo. Cuando la sangre brotó a montones, el celador tocó el silbato. Otros celadores y algunos enfermeros aterrizaron en la escena.

De esa forma, el 60 por ciento de los días de Samuel como preso, se la pasó en enfermería recuperándose de su nariz rota y la operación en la cabeza. Durante el tiempo que estuvo en recuperación, por su mente pasaron muchas cosas: entre ellas, se preguntó qué mierda era lo que pasaba en su vida. Trató de hacer memoria, de verse a sí mismo en el pasado, pero no recordó mucho. El problema era que Samuel estaba lejos de Samuel, y el fantasma en el medio, con los brazos en alto, separándolos. No tenía nada de malo la diversión, no tenía nada de extraño caer preso por una broma estúpida, pero sí tenía de malo esa constante autodestrucción. Y por más que se lo preguntó y preguntó, no supo ver al fantasma que escondía a su yo conciente.

Al volver a la celda, Tim se encargó de la protección del muchacho, pagando con drogas que seguían llegando por obra y gracia de Otto y pareja.

- No hay problema, Samuel. De paso hago algunos clientes y amigos. De eso se trata mi negocio, y si lo sigo manejando bien, pronto voy a dominar todo Tammerlane junto a Otto.

Tim era un buen tipo, alegre y suelto. Le gustaba el dinero, y aquella noche en que se le había aparecido Otto con la idea de llevar adelante un interesante negocio de entrega de cerveza a domicilio...

- En realidad, la idea fue de la novia de Otto. Pero fue solo una idea... Viste como son las mujeres? – contaba Tim a Samuel y Ving, en el patio de la cárcel, una tarde de verano. – La cuestión fue que Otto sí creyó en la idea, y entre los tres nos pusimos a volantear por todo el barrio con lo de la entrega de cerveza a domicilio. Nosotros seríamos la solución al problema de no encontrar un puto kiosco abierto en todo el barrio. Y no tardaron en llamar. Fue un suceso! Al mes fue cuando sumamos el servicio de drogas, y nos fuimos para arriba.

- Eso se llama visión! – festejó Samuel, orgulloso de la historia.

Una noche, mucho tiempo después de la libertad, Samuel estaba sentado en el gran sillón del mono ambiente de Ving, fumando un cigarrillo.

Junto a él, John y Bruce. En la cama, Ving acababa la tuca del último porro. Eran cerca de las once.

- "Tammerlane, tenemos un problema"!! - dijo Ving, llamando la atención – No queda ni coca ni maría.

Ving no se responsabilizó. Entre todos se habían fumado toda la marihuana él había comprado la semana anterior. John se desvinculó recordando que el día anterior había comprado cocaína. Por último, Bruce aclaró que había comprado las dos pizzas de la noche.

Samuel estaba pensando en poner un juego en la computadora, cuando todos lo miraron detenidamente.

- Yo no tengo un peso. Y no pienso ir a buscar plata a casa. De última, pongan entre todos y yo mañana lo devuelvo.

- El tema es que no tengo plata.

- Yo tampoco.
- Y yo menos. Tengo que esperar a fin de mes para que mi mamá me pase algo. – dijo Ving, tirado en la cama, rascándose la entrepierna.
- Y si les fiamos? No creo que Tim tenga problemas. – expuso Samuel.
- No le podemos fiar más. Todo bien en la cárcel, pero la otra vez cuando fuimos, Otto nos dijo que los negocios son negocios.

Samuel no tuvo opción. Quería drogarse, quería pasar una noche con amigos, quería divertirse y olvidarse de todo, sobretodo de aquel Samuel que nunca fue. Así que se puso de pie, más allá del peso de su fantasma, y tomó la campera.

- Y ojo con Tim! – advirtió Ving antes que salga - Tengo la sensación que lo están siguiendo otra vez.

Samuel tragó saliva.

El muchacho salió a la calle, completamente temeroso. Hacía tiempo que no se enfrentaba a la noche de Tammerlane. Siempre la había salteado, tomando el sendero de la mañana, o bien la había mantenido lejos, despierto detrás de cuatro paredes.

Su barrio se había convertido en un lugar peligroso. Tan sólo media década antes era el lugar más apacible y sereno del Pueblo. Todo había comenzado con los grupillos que se juntaban en las plazas, los tríos o cuartetos que se paseaban en auto, o los que estaban de a pie. Y de entre todos habían emergido, los ladrones, acechando al que sea, atraídos por el dinero como por las noches de drogas. Y el barrio se encerró, muchos como Samuel, sin quererlo, bajo una cortina de consumo, la soledad y aburrimiento. La falta de trabajo, la crisis constante, no sólo mantuvieron las cosas peores, sino que las volvieron más salvajes. Otto y Tim eran partícipes de ese cambio, así como el Sistema que prohibía las drogas y generaba mafias y delincuencia. Y todo eso fue a parar a una especie de sendero hacia el “apocalipsis” barrial.

Minutos después, bajo la activación del fantasma y el efecto de la marihuana, Samuel entró temblando a su casa. Su terror a ser asaltado, nunca desaparecía, y ese mismo terror que había destruido su vida social, estudio, trabajo y mujer, lo había encerrado en la casa de su amigo, a pasarse la noche y otro poco del día, jugando a la computadora, viendo películas y drogándose.

“Nunca más voy a volver a salir en el medio de la noche. Tengo que prever todo durante el día.”, le dijo su fantasma al oído.

Samuel llegó hasta su cuarto, abrió el cajón del escritorio y tomó los cuarenta pesos que había cobrado de un trabajo de albañilería en la casa de un vecino, de donde había sido despedido cuando se lo descubrió en el cuarto de la hija de 16 años, masturbándose con una bombacha de sus bombachas.

Llegó al comedor y tomó el teléfono inalámbrico. Mientras telefoneaba, tomó de la alacena unos paquetes de galletas dulces.

- Listo, Samuel. A que “hora” voy mañana a tu casa? – preguntó Tim.
- “Diez y treinta”. – respondió Samuel.
- Listo. Pero quizás pase en un rato a que me prestes el disco de Jazz que me comentaste.
- Te espero.
- Colgó.
- Guardó los paquetes en la bolsa, y tomó unos discos de la repisa.
- A dónde llevás eso?

- Qué cosa? – dijo Samuel, paralizado. No esperaba la aparición de su padre.

- Las galletitas!... Yo no compro la comida para que te la comas con los otros vagos de mierda! – avanzó unos pasos hasta su hijo. - Hasta donde querés llegar?... A quién llamaste? En qué andás? – continuó, avanzándolo contra la pared.

Al escuchar el inicio de la pelea, la madre se levantó de la cama.

- No quiero que se peleen de nuevo. Acuérdense lo que pasó aquella vez!

- Por mí no hay problema. No voy a hacer nada. – dijo el muchacho, con sus 27 años, y cansado de enredarse en historias de peleas y policía.

- El que voy a hacer soy yo! Esta vez lo mato a este hijo de mil putas!

- Qué es lo que hice ahora?

- Nada!! Eso es lo que hiciste!!! Nada! – y terminó por arrinconarlo, para señalarlo con el índice en la punta de la nariz fracturada. – Toda la vida sin hacer un mínimo esfuerzo por nada. Sos un vago, drogadicto, ladrón, puto y descerebrado de mierda!! Eso solo y nada más! Nada – más!!!

Samuel extendió su botín, y el padre enseguida se lo quitó.

- No quiero volver a cruzarte en los próximos días, o te rompo la cabeza. – dijo el hombre, calmándose. - Ahora, salí de mi vista ya mismo!

El muchacho llegó a la puerta de entrada, la abrió, miró para atrás y observó a sus padres por última vez en la vida. Finalmente puso un pie en el umbral y cerró la puerta.

Quizás por miedo a alejarse un poco de su casa, y que alguien intente asaltarlo, se quedó allí, pegado a la puerta, esperando la entrega de Tim.

- “Qué le hace una cana más al Albino?” – dijo Samuel Medeiros, fraseando, a la vez que el puntero Tim L. Jackson le entregaba un bagullo de marihuana y tres gramos de cocaína.

Al rato, Tim se alejaba con su motocicleta y Samuel regresaba a lo de Ving.

En la esquina, el joven se detuvo por un instante, y miró a su alrededor nuevamente: no había una sola alma en aquellas calles. En la plaza andaría alguna patota, y algún que otro tipo iría de pie o en auto, dando vuelta.

“No todos son ladrones. Si me tiene que pasar, puede pasarme en cualquier lado, de cualquier forma. Es más: puede pisarme un coche en pleno día, puede explotar el colectivo en el que viaje, puede haber un terremoto, puedo morir de cáncer de pulmón, me puede agarrar un derrame cerebral...” se dijo a sí mismo, enfrentando al fantasma, y continuó “Si sigo persiguiéndome con la calle, con un asalto, con un disparo, me voy a volver loco, y me van a llevar de nuevo al Psiquiátrico”.

Recordó aquella noche en que se tomó un té de una clase de hongos que crecían en las veredas de Tammerlane: se había encerrado en su cuarto para beberse la mezcla, cuando amaneció en el medio del bosque, tres días después, con un improvisado refugio de tablas y ramas, masturbándose mientras miraba fijo una torcaza muerta.

- Por qué te estabas masturbando con una torcaza muerta? – le había preguntado un psicólogo de la policía.

- Yo nunca hice eso. – dijo Samuel en la comisaría, sentado en una silla, frente a un escritorio y un hombre de lentes culo de sifón.

- Pero sí que lo hiciste, enfermo de porquería!! – gritó el policía que escuchaba las respuestas junto al licenciado - Tengo tres cazadores que son

testigos de haberte visto. Y uno de ellos es ni más ni menos que el hijo del Vicegobernador!

Samuel se tuvo que rendir y decir la verdad: que estaba drogado. De todas formas, el psicólogo pidió su internación por tiempo indefinido.

“Lo arruiné todo. Todo por el miedo... Todo para escaparle a la calle, a la noche... esta simple y tonta noche.”

Se sonrió. Había descubierto la clave, el “fantasma”, su cruz.

Sacó uno de los papeles de cocaína, abrió uno y con su uña tomó un poco del polvo. Se lo llevó a la nariz.

- Por los viejos tiempos y por buenos que van a venir. – se dijo, y aspiró.

Todos tenían razón: su padre, su madre, su novia, el psicólogo, la droga.

Cerró el papel y se lo guardó en el bolsillo. Una última mirada a la calle, media vuelta y se preparó para retomar la marcha.

Cuando un palazzo de béisbol le cruzo la cara y lo tumbó al piso.

Se trataban de cuatro hombres de unos 35 años. Ninguno de ellos tenía mal aspecto o parecía estar necesitado de dinero. Pero allí estaban: para reventar a Samuel.

- No tengo plata!!... Por favor!

- Nadie te pidió plata!... Lo que sí, vas a pagar por arruinar el barrio! Desde que ustedes, drogadictos de mierda, coparon el barrio, drogándose y asaltando y matando, nadie pudo vivir en paz!! Nos tuvimos que hacer prisioneros de nuestras propias casas!!!

Fue en ese momento que Samuel terminó por despertar del todo, y sorprenderse. Porque ahora estaba al final del sendero de su fobia, y de ese miedo que lo había condicionado hasta asesinarlo.

Irónicamente, el sendero de su vida terminaba en manos de gente que creía que Samuel era distinto, un reflejo temido que había el mal camino. Y la solución a esto era el exterminio gracias a las bondades de un duro bate de madera, el mismo bate que golpeó reiteradas veces la cabeza del muchacho hasta dejarlo muerto en la esquina.

Los tres hombres huyeron, y el cuerpo de Samuel quedó iluminado bajo el farol parpadeante, celebrando con su muerte el sendero de una premonición.

FIN